

Pedro M. Domene
Después de Praga
nada fue igual

II PREMIO DE NARRATIVA JUVENIL
«LOS PEDROCHES»

algaida



El II Premio de Narrativa Juvenil «Los Pedroches» fue convocado por la Mancomunidad de Municipios «Los Pedroches», la Diputación de Córdoba y Algaida Editores.

Segunda edición: junio 2008

© Pedro M. Domene, 2004

© Algaida Editores, 2008

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-141-1

Depósito legal: M-23.705-2008

Impresión: Huertas I. G. (Madrid)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Para María Ángeles, Aída y Paula
que comparten mis aventuras.*

No hay otra ciudad en el mundo a la que se quiera dar con tanto gusto la espalda, sobre todo si se vive en ella, pero tampoco ninguna otra por la que uno sienta tanta añoranza apenas abandonada.

MILAN KUNDERA

Aún hoy, cada madrugada, a las cinco, Franz Kafka vuelve a su casa de la calle Celetná. con su traje negro y su bombín.

ANGELLO MARIA RIPELLINO, *Praga mágica*

1. Pisando tierra checa

EL AVIÓN HABÍA LLEGADO CON ESQUELLO MANU-
puntualidad europea. El piloto había realizado
un aterrizaje perfecto que terminó en aplausos
por gran parte de los pasajeros, y después de oír por
los altavoces la hora y temperaturas locales, recogimos
nuestras bolsas de mano para encaminarnos
hacia la puerta de salida del aparato, donde una azafata
nos deseó una feliz estancia y nos agradeció haber
volado con la compañía aérea. Hasta aquí, todo
normal.

Nada más salir de aquella lata de sardinas me
detuve unos segundos en las mismas escalerillas del
avión para divisar las primeras luces de un aeropuerto
desconocido. Leí *Ruzyn* y, a simple vista, por lo poco
que pude apreciar, no me pareció gran cosa. Hasta esos
momentos, la única referencia a la ciudad de Praga
me la proporcionaban una docena de libros de la biblioteca
de mi padre. Pero la verdad es que la neblina que se
extendía por los alrededores no me dejaba ver mucho
más allá del edificio principal, así que añadí

más desánimo al asunto, y en aquellos momentos pensé que menuda entrada hacíamos en la República Checa y en una ciudad de la que hasta la mañana siguiente no sabría cómo era el aspecto de sus calles y de sus edificios porque, como ya me habían advertido en Madrid, esa misma noche llegaríamos al hotel, nos acomodarían como turistas convencionales, si es que esto era razonablemente posible en un país como éste, y ya no volveríamos a ver el asfalto de una Praga que —a decir de la guía de viaje que había estado leyendo hasta unos minutos antes de aterrizar— carece, entre otras muchas cosas, de una activa vida nocturna con zonas de *marcha*.

Unos veinte kilómetros, aproximadamente, separan el aeropuerto del centro de la ciudad, según estimaciones leídas y constatadas poco más tarde por la joven guía rubia que se había sumado al grupo en el aeropuerto, nos había ayudado en los trámites de aduana para después acompañarnos a un lujoso autobús —eso sí— y trasladarnos al *Parkhotel Praha*, situado en un lugar, más o menos céntrico, y desde donde, *sin ningún problema* —dicho en un español casi perfecto— podríamos ir fácilmente a todos los lugares interesantes del centro histórico de esta maravillosa ciudad. De la descripción y las recomendaciones que nos hizo la señorita-guía a lo largo del recorrido, no me enteré de casi nada, no presté lo que puede llamarse una atención de turista interesada en unos porme-

nores que no tenían importancia para mí, porque nunca he querido, además, que alguien guíe mis intereses arquitectónicos o prácticos. De las visitas programadas y del resto de excursiones ya se encargaría mi padre, desde luego como era de esperar desde el primer día hasta el último y, en un razonado esquema premeditado —de eso estaba convencida y lo sigo estando para las posteriores aventuras turísticas que tengan que venir— ya que le había visto anotar datos semanas antes de nuestra partida. Como cabría esperar, todo estaba calculado de antemano y, además, estaba convencida de que apenas si me iba a causar sorpresa alguna la visita a una ciudad que se convertiría, con toda seguridad, en una más del itinerario turístico emprendido por mis padres en estos últimos años: Glasgow, París, Helsinki, Luxemburgo, Bruselas, el Rheinland alemán...

—¿Has visto qué ciudad más triste? —acertó a decir mi hermana, mientras viajábamos a una velocidad calculadamente prudente que le permitía a la guía ir repasando, con todo detalle, algunas sombras de los edificios que veíamos a izquierda y a derecha de las ventanas del autobús, en nuestro camino hacia el hotel. Pero fue una observación de *la Pava* con la que, por una vez, estaba de acuerdo. Y en los mismos términos le respondí, intensificando aún más el adjetivo.

—Ya sabes que no tenía excesivo entusiasmo ni interés en venir a esta ciudad, pero tú tampoco hicis-

te valer tu opinión. Y una vez aquí, ¡a chincharse!, porque tampoco ahora puedo decir que se me haya despertado un expreso deseo de corretear por sus calles y ver sus edificios, *bonitos y antiguos*. Cerraré los ojos cada una de las noches, para ver si como en los cuentos de hadas, el tiempo pasa lo antes posible. A no ser —le advertí calladamente a la niña— que por una vez en tu vida te pongas de acuerdo conmigo y que podamos darle cierto aire de aventurilla a nuestra estancia aquí.

Pero el sentido que le había dado a la palabra aventura no lo entendía la tonta de mi hermana, porque enseguida me aclaró:

—Si te refieres a pedir que nos dejen alguna que otra tarde libre, como en otras ocasiones, para buscar nos la vida y perdernos por las calles de una ciudad que no conocemos, no cuentes conmigo, porque papá y mamá suelen mosquearse bastante, y luego no salen las cosas como tú las calculas. Además, ésta, por la impresión que me produce, quizá sea una de las ciudades más extrañas que hayamos visitado. Fíjate que hasta las calles tienen los nombres raros: *Václavské nám stí*. Y espera a mañana para ver cómo nos desenvolvemos.

—Tonta, como en todos los sitios. ¿Es qué íbamos a venir con el checo aprendido? Pero una vez que nos situemos los dos primeros días, quizá podamos descubrir el significado de esos nombres y movernos

tranquilamente por la ciudad. Preguntando se va a Roma, dice el refrán, y además siempre hay que estar decidida a hacer ese otro tipo de turismo alternativo, algo más particular —le insinué con un tonillo cómplice—, el que nadie hace salvo los verdaderos aventureros.

Dejamos una miniconversación que intuí no iba a conducirme a nada. El trayecto no me resultó muy pesado, quizá unos treinta minutos desde el aparcamiento del aeropuerto, ya no lo recuerdo muy bien, aunque el rollo de la guía no había contribuido a hacerlo más ameno. Cuando el autobús se detuvo frente al hotel, la primera impresión de todos fue buena y la mía, de verdad, también. Era un edificio grande, un auténtico rascacielos como no podía esperarme, sobre todo en una ciudad tan aparentemente triste como había apuntado mi hermana, aunque el barrio en el que se encontraba, a primera vista, parecía muy solitario. Más tarde pude constatar que también era bastante aburrido, porque se trataba de un barrio obrero en el que paradójicamente habían construido un hotel para el turismo por su enclave estratégico. Pero os puedo adelantar que cuando al día siguiente hicimos nuestra primera incursión por la ciudad, le agradecemos a papá que lo hubiera elegido en la agencia de viajes, aunque simplemente lo hubiera hecho, porque le sonaba bien el nombre y le hubiese asegurado que estaba muy cerca de aquellos

lugares de Praga dignos de conocerse en una primera visita.

Mi padre se quedó en la recepción con los pasaportes y haciendo los trámites habituales. La verdad es que siempre me gustaba quedarme con él para *chafardear* en esas situaciones, pero en aquel momento preferí subir a la habitación y tomar contacto con la que iba a ser mi guarida en los próximos días. Entré en una habitación que, una vez en su interior, me pareció espaciosa, y estaba decorada con muebles modernos y pintada en tonos alegres, rosados, por decir un color que se parecía. El baño era, sin embargo, minúsculo y en ese momento pensé que, indudablemente, no iba a poder compartirlo con mi hermana, aunque muy pronto mi madre ya se encargó de advertirme que ¡ojito! con lo que le decía a la niña cuando estuviéramos solas. La habitación quedaba unida a la de mis padres a través de una puerta interior. En estos últimos años ellos habían optado por conseguir habitaciones contiguas para tenernos cerca, aunque, eso sí, con cierta independencia, siguiendo, por supuesto, mis recomendaciones de cerrar nuestra puerta para conseguir así algo de intimidad. Pese a ser consciente de ganarme más de una regañina, muchas de las veces le hacía rabiarse a mi hermana y ellos ni se enteraban al otro lado de la pared.

—¿Qué cama prefieres, la de la izquierda o la de la derecha? —preguntó mi hermana, con su habitual cara de bobalicona.

—Me da igual —afirmé con cierta ironía—, estoy segura de que no voy a dormir en los cinco días que compartiremos la habitación. Ya sabes que roncas como una persona mayor —le recordé— y hay momentos en que llegas a desesperarme en el silencio de la noche. Me quedaré con la que está pegada a la ventana y así podré tirarme por ella si llego al borde de la desesperación.

—¡Graciosa! —respondió ella con cara desafiante—. Tú hablas en voz alta y yo no me quejo —añadió Laurita, que pese a ser pequeña, la pobre se defendía ya entonces como podía.

En aquellos momentos no tenía ganas de enredarme en una nueva discusión porque entretanto se habían hecho más de las once de la noche. Una hora contraindicada para hacer ruido en estos países tan civilizados de Cen1troeuropa. Mi madre entró en nuestra habitación y después de echar un vistazo, nos aconsejó ducharnos y meternos muy pronto en la cama, porque, entre otros motivos, al día siguiente tendríamos que desayunar temprano para iniciar nuestro primer recorrido por la ciudad. Todo estaba calculado y mi madre —que reconocía que a veces mi padre se pasaba en sus puntualizaciones— estaba de acuerdo por una vez en que, cuando se viaja para visitar una ciudad desconocida, se debe aprovechar todo el tiempo disponible y, por supuesto, no pasarse medio día sin hacer nada en la habitación del hotel.

—De todas formas tendremos tiempo para hacer algo que sólo nos guste a nosotras —argumentó mi madre en una mirada picarona y con un cierto tono cómplice muy femenino. Estoy segura de que algo de esta ciudad nos va a interesar a las tres.

Una vez en su habitación, poco antes de cerrar nuestra puerta, oíamos cómo mi padre le hablaba a nuestra madre de la cortesía y de la amabilidad del personal de recepción. Había podido entenderse con ellos en un alemán casi perfecto. Estaba convencido, tras esta primera impresión, de que no tendríamos problemas en la ciudad de sus sueños.

—Bueno, en realidad, un alemán vertebrado por algunas palabras en checo, pero alemán en definitiva —había asegurado mi padre con cierto aire de satisfacción—. El hotel parece aceptable —insistió—, la agencia parece haber acertado y esto ya es un buen comienzo. Esperemos que el resto del viaje resulte tan agradable como este primer contacto. Tenía ganas de pisar Praga —continuó diciendo mi padre con un sostenido suspiro que mi hermana y yo oímos desde nuestra habitación—. Una ciudad que siento conocer sin haberla visitado anteriormente —fue su última frase pedante.

«Y tanto —pensé yo para mis adentros—, tiene la mitad de su biblioteca con libros sobre este lugar y de ese autor con un nombre tan raro.» Estaba segura de que era una de las pocas personas en el mundo

capaz de ir por las calles de esta ciudad reconociendo cada uno de sus rincones y describiendo, con todo detalle, cuanto hubiese que admirar en plazas, calles y edificios.

—Ya has cumplido tu sueño —oí decir a mi madre—. Mañana te sentirás aún mejor cuando te encuentres frente a la tumba de Franz Kafka, ese amigo invisible que tienes desde que te conozco.

—De invisible nada. Pero no importa y no hace falta ir mañana mismo o pasado. Me aventuraré solo cualquier otro día si no queréis acompañarme. No quiero que sólo veamos aquellas cosas que me interesan a mí, también quiero que las niñas y tú os lo paséis bien en este viaje. Estoy convencido de que la ciudad os deslumbrará. Sobre todo el Puente Carlos que, seguro, a Marta le entusiasmará. Creo que Laura, también, disfrutará con las decenas de figuras de sus dos orillas, aunque a ella, quizá, le impresionen más las casitas minúsculas de la Calle del Oro.

Había transcurrido muy poco tiempo desde que estábamos allí y papá parecía querer bombardearnos desde el primer momento con explicaciones para los días siguientes. Era la hora de cerrar nuestra puerta y decir buenas noches. En la televisión, que mi hermana descubrió nada más llegar a la habitación, hablaban checo o alemán, además de los canales internacionales en inglés, pero mis conocimientos de idiomas, de tan poco uso, no daban para tanto. Apa-

gamos muy pronto el anticuado aparato y mi hermana se empeñó, una vez en la cama, en volver sobre lo que habíamos vivido hasta ese momento.

—¿Qué te parece el hotel, y el ambiente, y lo que hemos visto desde el aeropuerto hasta aquí y las pocas personas que había en las calles? ¿No te parecen extrañas y que nos miran de una forma rara? —soltó toda una retahíla de corrido queriendo iniciar una batería de preguntas que, como podéis imaginar, se quedaron sin contestar—. El baño está limpio —continuó— y el agua, cuando me he duchado, salía caliente de más, hay botecitos de jabón como en el hotel de Helsinki y en el de París y en el de Glasgow. Pues, si te digo la verdad —volvió a insistir la tonta— a mí me parece que este viaje va a resultar bien, seguro que nos divertiremos, además, yo estoy dispuesta a disfrutar porque cuando volvamos a casa tan sólo nos quedarán tres días para el comienzo del colegio.

Ya no aguanté más.

—A ti te quedarán tres días, Pava, pero yo empiezo a finales de mes y para eso aún falta mucho, más de una semana después que tú hayas comenzado, pero cállate de una vez que voy a ver si me duermo antes y no oigo cómo empiezas a roncar y a resoplar como una ballena.

Fue la puntilla. En realidad, la pobre soplabla suavemente, pero con la palabra *ballena* pretendía siempre hacerle más daño y la dije con esa intención.

Desde fuera nos llegaba, de vez en cuando, el ruido de motor de algún coche y en el pasillo no se oía ni una mosca. Laurita, que finalmente se había callado, empezaba a respirar fuerte, pero en esta ocasión no resoplaba. Mis padres aún comentaban algo en la habitación contigua —imagino que hablaban de sus cosas—. Como solía ocurrirme en todos los viajes, me acordaba de mi habitación, de la tranquilidad de mi casa y de la cantidad de llamadas por teléfono que solíamos hacernos algunas de las amigas, aunque por entonces Ana se había mosqueado conmigo y no nos hablábamos temporalmente —algo pasajero y muy habitual entre nosotras, había dicho mi madre—. En aquellos momentos, yo estaba convencida de que nunca más volvería a dirigirle la palabra, al menos si ella antes no lo hacía. Ni siquiera se había despedido de mí y, por supuesto, no pensaba acordarme de ella para nada. Pero aún me quedaban Almudena, Esther y Catina de reserva, con quienes iba a comenzar el nuevo curso.

Ya no se oía nada en la habitación contigua. Me sumergí en un ligero pensamiento: en el fondo, mis padres no eran tan raros e incomprensibles como pensaba por entonces. Es más ¡no estaban mal del todo!, y, por supuesto, eran lo que suele decirse buena gente, así lo pensaba entonces, y, por supuesto, aún lo sigo manteniendo. Lo cierto es que —según mamá y sus argumentos— yo estaba en esa edad difícil por la que

ha de pasar toda adolescente y mi acritud y sentido de una rebeldía ingenua y, a veces, absurda, afloraba por momentos y, a veces, de una forma desafortunada. Tratar de unir unos intereses familiares comunes aunque fuese por espacio de unos días, para emprender un viaje, por ejemplo, no resultaba nada fácil. Continuaba argumentando que debía ser más comprensiva, aunque yo me defendía encomendándoles la misma recomendación a ellos, con respecto a mí y a mis cosas.

Una vez obligada a viajar y una vez allí, ya podía empezar a hacerme a la idea de intentar disfrutar en aquella ciudad que con algo de suerte podría resultar interesante en algún aspecto. Trataba de convencerme, además, de que vendrían mejores tiempos en el futuro. Pero aquella noche y, pese a los argumentos que daban vueltas en mi cabeza, lloré. Lloré un poquito porque, en el fondo, tenía una rabia contenida que no sabría explicar si se me preguntara por ella.